

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

En la península UNA PESETA al mes.—Extranjero, tres me-
ses 7'50 PESETAS.
Comunicados á precios convencionales
Redacción y talleres: S. Lorenzo, 18.

DOMINGO 2 DE SEPTIEMBRE DE 1900

PRECIOS DE LOS ANUNCIOS

En cuarta plana. 00'05 pesetas línea
En segunda y tercera. 00'10 id. id.
En primera. 00'20 id. id.
Administración: Saavedra Fajardo, 15

El nuevo conflicto

Todas nuestras gestiones, todas nuestras campañas de estos últimos días, interesando el ingreso en las áreas de la Diputación de esas miles de pesetas que por esos mundos y bufetes andan desperdigadas, no tenían otro motivo ni otra finalidad que el evitar el conflicto que ha surgido en los asilos benéficos por la carencia de víveres.

Los abastecedores de dichos establecimientos manifestaron ayer que á partir de hoy dejarían de facilitar alimentos toda vez que se les adeudan ya tres mensualidades.

De cuantos conflictos pueden surgir en la Diputación, hacemos responsable al Sr. Campoy por su apatía y abandono en hacer cumplir á los Ayuntamientos con el deber que la ley les señala de ingresar en las áreas de la Diputación las cantidades que por atenciones de contingente provincial adeudan.

Y hacemos responsable al Sr. Campoy por que recordamos la famosa *cueva del gobierno* en donde el caciquismo tiene encerrados bajo la salvaguardia del Sr. Gobernador, más de dos mil expedientes sin resolver.

Y hacemos responsable al Sr. Campoy por que si es cierto lo que nos dice «Las Provincias de Levante» de que el gobernador civil había excitado el celo de ciertos diputados á Cortes para lograr de los Ayuntamientos de sus distritos el ingreso de fondos, ó estos señores diputados no han hecho nada en pró del mejoramiento de la situación aflictiva de la casa provincial, ó no tienen autoridad ninguna cerca de los alcaldes, en cuyo caso resulta de un modo ú otro que el Sr. Gobernador no debió nunca confiar en la gestión del caciquismo, siempre deshonrosa para los gobernadores que no tienen carácter y abandonan los sagrados deberes que les está confiados.

Eran las dos de esta tarde cuando nos hemos personado en la casa de Misericordia á inquirir si los abastecedores habían proveído de los víveres necesarios al dicho establecimiento para el mantenimiento de tanto desgraciado como allí hay recogido, y se nos ha contestado que hasta aquella hora nada se había llevado, y que estaban sin desayunarse los asilados.

Con el alma llena de dolor hemos salido de aquella casa, pensando en aquellos pobres niños que allí quedaban, ambientes, encerrados tras las altas y sombrías paredes, y nos pareció aquello el presidio del hambre vigilado á poca distancia por el caciquismo que no lejos de allí tiene su palacio.

Y seguimos, y al pasar, contemplamos el Manicomio y oímos los gritos de los pobres dementes. ¡También tendrían hambre!

Y aquel trágico concierto de gritos de infelices orfatos y pobres locos, nos ha impresionado vivamente y más, cuando nos ha representado la imaginación el cuadro de la Iglesia alumbrada por la dudosa luz que dejan pasar los cortinajes espesos y el hombre de rodillas dándose golpes de pecho ante el altar de Dios.

Pero ¡si hay que doblar el corazón y no las rodillas, ¡si hay que tener más caridad, aunque se visite menos el templo del Señor!

Con memos y con hipócritas no se llega más que al estado que hemos llegado.

Y mientras tanto, el colega del sindicato, la verdadera tía Javiara, la que expende las verdaderas rosquillas de la regeneración, la que vela por los asilos, llevando á los asilados de juerga para que sirvan de diversion y de instrumento en la comilona de la Caridad, guarda el mayor silencio y enmohece sus plumas que solo las rasquea para ofender la dignidad del periodismo.

¿Para cuando se guardan los pujos regeneradores de «Las Provincias»? Para estos casos sirve la independencia de que quiere alardear y que tiene

perdida desde que entró en la casa de la inquisición.

¡Inquisición! Palabra mágica que miles recuerdos despierta de otros tiempos de tiranía, de abuso y explotación; tiempos que pasaron, pero la casa, subsiste y alguien se refugió en ella, ¿Es que se quiere continuar la gloriosa tradición?

DE MADRID Á MURCIA

Lo de Vigo

¿Qué ha pasado en Vigo? Eso es lo que el gobierno no quiere que se sepa, y por eso la censura intercepta el telégrafo.

Algo grave y muy grave debe haber ocurrido durante la permanencia de los Reyes en aquella población, porque los entusiasmos ministeriales cesaron después de conocer los informes oficiales que esta mañana se recibieron.

Así como en otras poblaciones se dieron muchos vivas á España y á los Reyes, en Vigo se dieron á las trañas.

A nadie podía esto sorprender, dado el disgusto que en Vigo reinaba, disgusto que no han podido borrar todos los buenos oficios, todos los ofrecimientos de Silvela.

A falta de voces que atronaran el espacio, aparecieron grandes carteles diciendo á los recién llegados: «Aquí necesitamos las trañas».

Los Reyes no desembarcaron y solo el jefe del gobierno tuvo por necesidad que entrar en parlamento con los trañeros ofreciendo rectificar su orden ministerial.

Las imprudencias del Sr. Silvela, nos han traído á este estado de cosas.

¿A qué reflexiones se prestan estos accidetes!

¿Habrá quien les haga? No dudamos de ello.

Malas noticias

Segun he podido oír de labios de eminentes médicos, la vida de determinada persona está amenazada de enfermedad terrible, heredada en el seno materno.

Los acontecimientos que se avecinan son bien tristes para nuestra nación, de ser ciertas, las anteriores noticias.

¡Dios quiera que la ciencia se equivoque!

Sagasta no lo quiere

A pesar de las explícitas manifestaciones hechas por el Sr. Sagasta de que no aspira al poder, me consta por conducto autorizado, que el jefe del partido liberal no quiere encargarse del gobierno; conoce los serios conflictos creados por las torpezas del Sr. Silvela y los teme.

No quiere que en sus manos se pierdan nuevos pedazos de la patria y á este fin guarda absoluta reserva que solo en momentos difíciles rompería para hablarle al país cual debe.

Esperemos y ¡Dios nos ampare!

31 Agosto 1900.

Al Presidente de la Diputación

Siempre hemos sido enemigos del negocio de las cartas de pago en la Diputación provincial, pero hoy lo somos en mayor grado, ante el conflicto que se ha creado por la negativa de los abastecedores á suministrar alimentos para atender á las necesidades de los infelices, mil veces dicho y nunca bastante, asilados bajo la protección oficial.

Hemos observado con tristeza que la solución que se pretende dar al asunto, y esto por unos días, es la de siempre, el chantaje de las cartas de pago.

Nosotros que hemos oído de labios de V. S. la más solemne protesta de que jamás accedería á facilitar cartas de pago contra los ayuntamientos y si á obligarlos á que ingresen directamente el importe de sus descubiertos en las áreas de la Diputación, cúmplenos recordarle el cumplimiento de tal oferta, por que se nos dice que vuelve á gestionarse cerca de su autoridad la rectificación del noble propósito de V. S.

Y nada más por hoy.



LAFAYETTE

La libertad, su patria, la honradez política y el honor militar siempre tuvieron en el marqués de Lafayette, célebre general francés, un ferviente adorador y un brazo fuerte y generoso que vivió dispuesto á defenderlos y á sacrificar su vida en aras de ellos, por lo cual inútil es decir que tan insigne campeón fué hombre que soboró tantas satisfacciones como amarguras, que más de una vez se vió derribado de su pedestal de gloria por los mismos que le habían ayudado á subir á él.

Hombre generoso, de valor inquebrantable y nacido para ser constantemente un enamorado de la libertad y vivir en continuada lucha, renunció á las comodidades y posición social que por su nacimiento le estaban reservadas y vivió una vida agitada, llenada de aventuras y peligros en cuantas ocasiones tuvo, dedicada á la defensa de los ideales modernos, siempre con un desinterés sin límites, siempre con una fé y un entusiasmo de que no hay mejor ejemplo.

Sus aventuras tuvieron comienzo en la América del Norte, á donde había ido para ayudar con las armas en la mano á Washington en la conquista de la independencia por que luchaba. La fortuna le fué propicia y no tardó en lucir las insignias de general; pero surge la guerra declarada á Francia por Inglaterra, por la ayuda que aquella prestaba á los americanos rebeldes, y Lafayette regresa á su patria para defenderla de los británicos, partiendo nuevamente al Norte de América cuando la paz fué restablecida entre los suyos, no abandonándolo hasta que las armas inglesas fueron por completo derrotadas y reconocida por todos los pueblos la independencia de los norte-americanos.

Al estallar la revolución de 1789, Lafayette contese entre los más ardientes patriotas y fué nombrado comandante de la guardia nacional, en cuyo puesto, por ser enemigo de todo género de atrocidades é inhumanidades, salvó la vida de Luis XVI y de su esposa en los sucesos de Versalles, contribuyendo este hecho y la fuga de los desdichados monarcas á que su popularidad y prestigio, sufrieran grave quebranto, del que pretendió él salvarse poniéndose al frente del ejército que se batía con los extranjeros que invadían á Francia, maniobra que le salió mal, por que sus enemigos los jacobinos, con sus intrigas, le obligaron á abandonar su puesto de honor y presentarse en París, lo que empeoró su situación, librándole de una muerte segura los austríacos, quienes le hicieron prisionero y retuvieron en su poder cinco años.

El resto de su existencia—falleció en París el 20 de Mayo de 1834—lo pasó Lafayette unas veces retirado de la política y otras tomando activa parte en ella, sufriendo frecuentes disgustos cuando intervenía en los negocios públicos.

Lafayette nació en el castillo de Chavagnan, de la Auvernia (Francia) el 1.º de Septiembre de 1757.

Hernando de Acevedo

CUENTO

¿CRIMEN Ó JUSTICIA?

Entré á tomar café, como de costumbre, y frente á la mesa ocupada por mí se sentó en otra un hombre joven, de as-

pecto simpático y elegantemente vestido.

Era ciego y le acompañaba un muchacho de doce años que le servía de lazareto. Una vez que le dejó colocado, el acompañante se marchó á la calle, tal vez á algún recado que su amo le mandase.

Mientras el mozo le sirvió el café y una copa de coñac, retirándose seguidamente, como hacia cuando terminaba el servicio.

Esto me llamó la atención, y desde aquel momento no dejé de mirar ni un segundo al ciego.

En aquella cara inmóvil y severa, de trazos perfectos y de conjunto frío, no podían leerse las emociones del alma. El ciego imponía turbante, y con una gravedad y mesura que sobrecogía el ánimo, alargó la mano, y palpando buscó el platillo del azúcar. Cogió tres terrones, y con el procedimiento antes empleado, los echó en la taza. Aquella primera maniobra llamó mucho mi atención, pero nada más.

Iba casi á dejar mi examen y dedicarme á saborear mi taza de café, cuando el ruido que hace una cerilla al ser frotada para encenderla, llamó de nuevo mi curiosidad.

Era el ciego que había preparado un cigarrillo y se disponía á encenderlo. Las yemas de los dedos de la mano izquierda tocaban el extremo del cigarrillo; en la derecha tenía ardiendo la cerilla; aplicó la llama á los dedos, único medio de saber que la cerilla estaba próxima, y encendió el cigarrillo. Aquel sufrimiento, que le proporcionaba una pequeña quemadura, lo daba por bien empleado con tal de saborear el tabaco.

Nuevo asombro en mí, mejor aun, más palpable en todo mi ser la conmiseración y la pena al contemplar á aquel hombre joven y lleno de vida, completamente inútil por todo.

A mi mente se agolparon no pocas reflexiones; oí que hasta mis creencias, santas y hermosas, como inculeadas por una madre amantísima, tambaleaban y al menor esfuerzo podrían venir á tierra, y en tanto que estos pensamientos se sucedían, instintivamente y sin darme cuenta abría mis ojos cuanto podían dilatarse mis párpados y miraba al ciego con un ansia y con una intensidad tal, que me la explicaba por el miedo que tenía en aquel momento de que yo también podía quedarme ciego. ¡Pensamiento terrible! El amargó el rato de sosiego que pretendí regalar á mi espíritu saboreando sorbo á sorbo mi taza de café.

El ciego seguía inmóvil. Extendió la mano para arrojar al suelo la ceniza del cigarrillo; pero calculó mal la distancia, y la ceniza entró en el café, que aun no había probado.

No pude contenerme más; me levanté y fui á la mesa de aquel desgraciado.

—Perdón, caballero—le dije;—desde mi mesa acabo de ver que habéis echado la ceniza del cigarrillo en vuestro café, y vengo á advertiroslo para que pidáis otro.

—Mil gracias, señor mío, por tan buena acción. Os quedo muy reconocido por este acto, que demuestra la nobleza de vuestro carácter. Es la primera vez que me ocurre esto.

—¿Qué?—repliqué yo,—¿jamás nadie os ha llamado la atención sobre algo que hayáis cometido tan involuntariamente como ahora?

—Nunca, caballero. No me estraña; es mi sino y es mi castigo cuanto en mi veis; por eso no me quejo. ¡Quién sabe si estos sufrimientos lavarán un día mi crimen!

—¿Qué decís?

—No os alteréis tan pronto. En dos palabras os contaré mi historia, que no me importa la sepáis, seas quien fueris. No veo, así es que no pueden sonrojarme ni impresionarme vuestras miradas ó vuestros gestos.

Además, ¡se lo cuento á todo el mundo! Oídme, pues.

Lo de siempre, amigo mío: vi una muchacha, me gustó, la declaré mis simpatías, y más tarde un amor que en reali-

dad sentía; aceptó, y héteme que me encontraba como el pez en el agua por la satisfacción tan grande que sentí al ser correspondido. No os hago el retrato de ella, ni os digo su nombre, porque no hace falta. Nuestro amor fué creciendo hasta tal punto y en tal forma, que nadie como nosotros pudimos decir que éramos el uno para el otro. Inexperiencias de jóvenes, y sobre todo una sugestión mutua imposible de vencer, hubo un día en que nos abandonamos á locos arrebatos, avivados por el deseo. Triunfó la carne, con esa victoria afirmada y fugaz que da la hartura del ansia satisfecha. Pasó el tiempo; ella calló siempre, hasta donde fué posible. Aumentó aquel mutismo, la existencia de nuevo se volvió calícativo duro, muy duro cuando se dirige á un hombre de honor, marcó mi frente.

—¡Miserable!—gritó una voz, y luego otra, y otra, y hasta el llanto del niño parecía que en sus reflexiones la repetía como un eco. Juré lavar la mancha, y fui perjuro... más todavía, ¡olvidé!

Una noche, la última de mi vida, al marchar distraído hacia mi casa oí mi paso una mujer con un niño en brazos. Pronunció mi nombre con una entonación de dulzura y cariño que debió enternecerme; no pasó así. Retiré sin violencia aquel obstáculo, y seguí el camino. Sentí que lloraban detrás de mí con un desconsuelo desgarrador, que los calificativos más dulces se me prodigaban, y en vez de caer de binojos ante aquella mártir, la rechazé con frases brutales y seguí andando.

A los pocos minutos una mano me tocaba en el hombro, volví la cabeza, y sobre mis ojos y cara cayó un líquido lanzado con furia. El dolor horrible me hizo caer al suelo, pedí socorro con gritos de muerte, y sólo oí una carejada que se iba alejando. ¡Maldita, mil veces maldita!—grité con toda la fuerza de mis pulmones, y quedé sin sentido. Después supe que unos transeúntes me llevaron á la casa de Socorro, que el vitriolo había abrasado mis ojos, y que moralmente había muerto.

—¿Y ella?—pregunté.

—¡Ella! Pobrecilla, sabe mi desgracia, se pasa llorando los días enteros porque dice que está ciega. La infeliz ha perdido la razón, y solo de cuando en cuando se le oye decir con entonación horrible: ¡maldita mil veces, maldita!, acompañando á estas frases una carejada imposible de describir! ¡Me ama tanto!...

Antonio Santoro.

SOLFA INSULSA

Quisico as del sábado

Cuantos y cuantos suspiros se habrán escapado hoy de los corazones al aparecer en el lejano horizonte los primeros albos de la mañana.

¡La feria! ¡La feria! esto ha sido el grito general, para unos de alegría y para otros de tristeza; porque la feria trae también sus tristezas.

¿Que placer puede sentir aquel que no teniendo un céntimo le anuncian que estamos en feria? Ninguno.

El pobre no puede hacer otros derroches que ir por la noche á la velada y pasearse, esto porque no le cuesta ni cinco céntimos, de lo contrario hasta de eso se privaría.

Aquí me tienen ustedes; yo soy una de las víctimas de la feria.

La visita de esta señora me ha cogido como ratón en queso; porque si al menos me hubiera avisado con anticipación su llegada, menos mal, hubiera cogido un sable y ¡jamará! el polvo que mueve.

He de advertir que mis sablazos son fenomenales: un tajo, hombre, vulgo bolsillo, á tierra.

En estas circunstancias me encuentro. ¡Cuántos ayes me cuesta ya la feria!

No hay de que dirlas, los tiempos están muy malos, no disorepan en nada de la célebre camarilla de Paco el de la daga; el poder está en los fuertes; los débiles quedan aplastados por la razón de la fuerza.

